

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES.

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

---

Entregas 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno cuarto de ocho entregas.

L47  
2220

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ESCOLARES - MADRID

EL MANUSCRITO

# UNA MADRE

ENRIQUE PEREZ ESPINOSA

ILUSTRADA CON LAMINAS TIRADAS A MANO Y DIBUJADAS

D. Erasmo Pinares.

Edición 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24.

MADRID.

JOSE RAYOT Y COMPAÑIA EDITORES

Calle de las Infantas, número 37.

1872

Guardado en el cuarto de ocho entregas.

manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija é inmóvil en la hermosa cabeza de su querida niña.

Mientras tanto Clotilde, verdaderamente inspirada, con sus hermosos ojos de color de cielo modestamente elevados, con sus labios rojos como el terebinto de Judea, entreabiertos por la inspiracion, la frente iluminada por ese destello del genio que solo se abriga en las almas grandes y el pecho palpitante por la emocion, continuaba arrancando al sublime instrumento esos torrentes de armonía con que la paciencia y el talento del hombre le ha dotado.

Para comprender el inmenso beneficio que la música hace á la humanidad, es preciso oír un armonium tocado por un profesor que posea el gusto, el sentimiento puro y la ejecucion.

Aquella niña de diez y ocho abriles, aquella naturaleza privilegiada, aquel sér tan perfectamente formado, poseia tambien el don de los grandes músicos.

Durante algunos minutos solo la voz cadenciosa del órgano se escuchó en el poético recinto de Clotilde.

El Ave María de Gounod tuvo su fin, y al perderse el eco de la última nota en el espacio, Clotilde abandonó el taburete y fué á sentarse sobre las rodillas de su aya.

Doña Mercedes lloraba: la hermosa jóven la enjugó los ojos, y dándole un beso en la frente, añadió:

—¿No te decia yo que llorarías? Hé aquí las lágrimas que vienen á corroborar mis palabras.

Y Clotilde pasó con suavidad la punta de un dedo por encima de los párpados de su aya.

247-2220

—Hace bien tu padre en no negarte nada de lo que le pides, porque yo en su lugar haria lo mismo.

En este momento la doncella de Clotilde apareció en la puerta del gabinete.

—¿Qué ocurre, Rosa?—le preguntó Clotilde saliendo á su encuentro.

—Como la señorita me tiene encargado que le avise cuando venga alguno de sus protegidos, venia á decirle que en la antesala esperan aquellos dos jóvenes de ayer.

—¡Ah! díles que pasen.

Y Clotilde, dando un beso con encantador aturdimiento á su aya, añadió:

—Cuando tengo una buena noticia que participar, siento un placer infinito en el corazón.

—Eso precisamente les sucede á todos los que tienen un alma tan bella como la tuya.

—Verá usted qué alegría tan grande reciben mis protegidos cuando les participe que antes de tres días estarán colocados.

—Yo no les fijaria el día; tu padre puede muy bien no conseguir lo que deseas tan pronto.

—¡Bah! mi padre lo consigue todo con este gobierno, me ha dado su palabra y él tendrá buen cuidado de cumplírmela.

Y Clotilde, viendo aparecer en la puerta del gabinete á sus dos recomendados, añadió con una voz dulce y bella como la esperanza:

—Adelante, señores, adelante.

Los dos individuos que penetraron en el gabinete de

la hija del general llevaban impresos en sus semblantes y en sus trajes el sello característico de esa pobreza del decoro que no abandona la levita aunque esta se convierta en un harapo.

Solo en Madrid se comprenden y se conocen ciertos tipos; solo en las grandes ciudades se ven esas caras pálidas, demacradas, mezcla de hambre y distincion, recuerdo vivo de un pasado de opulencia y de un presente de miseria, lucha titánica entre las necesidades mas grandes de la vida y el decoro, poemas de dolor que solo viven alentados por el fuego santo de la esperanza, futuros suicidas que cruzan la espinosa senda que el dedo del infortunio va trazándoles sobre la tierra, ocultando la ausencia de la camisa con el mugriento lazo de una corbata hecho con cierta elegancia.

Porque la elegancia, las maneras y la distincion no se pierden nunca. El infortunio puede romper en pedazos la ropa, el corazon, la fé y la esperanza, pero nunca la *principalidad* de un individuo, porque esa condicion se halla encarnada en la sangre, es una segunda naturaleza que solo se estingue cuando el que la posee exhala el último soplo de vida.

Los dos pretendientes avanzaron tímidamente algunos pasos; sus botas, descascarilladas y rotas, parecian como avergonzadas de pisar las ricas alfombras de aquel gabinete.

Uno de aquellos hombres, el mas jóven, vestia de luto, y su gaban, de un negro rojo, decia claramente que habia sido tintado por un tintorero torpe. Por el

cuello se arrollaba un trozo de lana negra en forma de bufanda, ocultando totalmente la falta de camisa.

— Aquel jóven pobre y mugrientamente vestido, llevaba guantes y sus cabellos se hallaban peinados con cierta elegancia. Su rostro, pálido y triste, no carecia de belleza; sus ojos negros y grandes se hallaban velados por esa melancolía que imprime en un alma sensible la desgracia.

— El otro individuo era un tipo mas vulgar, menos distinguido, y su edad debia encontrarse entre los treinta y seis á cuarenta años.

Clotilde contempló un breve momento á aquellas dos víctimas de la desgracia, y dirigiéndoles la palabra, dijo:

—Tengo que dar á ustedes buenas noticias: mi padre me ha ofrecido que antes de tres dias serán ustedes colocados.

—Doy á usted las gracias, señorita,—dijo el jóven de la bufanda negra inclinándose con una distincion que demostraba la costumbre de frecuentar la alta sociedad, —doy á usted las gracias en nombre de mi virtuosa madre y de mi querida hermana: ellas deseaban venir conmigo para demostrarle á usted el profundo agradecimiento que se alberga en sus almas, pero yo he temido molestarla á usted...

—Nada de eso, caballero; la familia de usted puede venir á verme cuando guste, yo experimento siempre un gran placer cuando puedo ser útil á personas tan dignas y tan desgraciadas como ustedes.

—Yo, señorita,—añadió el otro pretendiente con un acento algo mas brusco, pero no menos sentido,—doy á

usted tambien las gracias en nombre de mi mujer y mis hijos, á quienes la proteccion de usted salvará de la mayor desgracia.

Mientras espresaba su agradecimiento el segundo pretendiente, el jóven de la bufanda negra, á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Julio de Monforte, permaneció con los ojos clavados en el rico y elegante piano de Clotilde.

De pronto, una imprudente y furtiva lágrima brilló en las pupilas de Julio, y aunque pretendió enjugarla disimuladamente, no pasó desapercibida para Clotilde.

Aquella lágrima encerraba indudablemente una historia dolorosa.

Clotilde, verdadera niña mimada, pero con un alma de ángel, sintió en su corazon una viva necesidad de saber por qué aquel jóven se enternecía mirando al piano.

La hija del general llamó aparte al pretendiente de mas edad, y entregándole con disimulo algunas monedas, le dijo en voz baja:

—Vaya usted á tranquilizar á su mujer y á sus hijos; tengo apuntadas en mi libro de memorias las señas de su domicilio y no ha de tener usted mas afan en recibir la credencial que yo en remitírsela.

El hombre, verdaderamente conmovido, salió del gabinete de aquella encantadora criatura sin encontrar palabras con que demostrar su agradecimiento.

Mientras tanto, Julio de Monforte permanecía de pié, inmóvil, con la mirada fija en el piano y sin apercibirse de que su compañero de infortunio habia desaparecido de la habitacion.

## CAPÍTULO V.

## Historia de Julio de Monforte.

Clotilde, durante algunos segundos, permaneció contemplando la inmovilidad de Julio, que no apartaba los ojos del piano.

—Veo que le gusta á usted mi piano, señor Monforte, —le dijo.

El jóven se estremeció como si despertara de una fatigosa pesadilla, procuró sonreirse, y con un acento entrecortado y dulce contestó de este modo:

—Efectivamente, señorita, tiene usted un hermoso piano; estoy seguro que si mi pobre hermana Blanca le viera, lloraria como yo he llorado; pero ruego á usted me perdone este rasgo de ridícula sensibilidad.

—Al contrario, el sentimiento es un bello don del alma que muchos séres tienen la desgracia de no poseer. ¡Oh! si yo hubiera sospechado que ese instrumento podia entristecerle, no le hubiera recibido en este gabinete, que parece, segun los objetos de música que reúne, el nido de una de las hermanas de Apolo.

—Para los que vivimos en la desgracia, la tristeza es

el estado habitual, es una segunda vida que circula por nuestras venas, de la que solo puede librarnos ó la cariñosa mano de la fortuna ó el frio de la muerte.

Julio pronunció estas palabras con una entonacion sencilla, pero llena de sentimiento; sus labios sonreian de un modo triste, y su pálida y despejada frente brillaba bajo la majestad de esa pobreza del decoro, tan difícil de soportar despues de haber disfrutado las comodidades de la vida.

Clotilde, vivamente interesada por aquel jóven que demostraba abrigar un noble corazon bajo su raído gabán, le dijo con encantador aturdimiento:

—Perdóneme usted, Julio, si la escesiva curiosidad que me inspiran sus desgracias, si el vivo interés que me tomo por su familia me hacen dirigirle una pregunta tal vez inconveniente: ¿por qué le hace á usted llorar mi piano?

—¡Pero, niña!—dijo á su vez doña Mercedes en tono de dulce reconvencion.

—¡Oh! yo quiero saberlo,—repuso precipitadamente Clotilde;—soy la protectora de Julio y tengo un derecho para exigirle que no me oculte nada.

—Es verdad, señorita, usted apenas conoce á mi buena madre; ella supo que la hija del general Lostan tenia un corazon de ángel, y vino á pedirle un poco de proteccion para su hijo. Usted desde entonces ha sido nuestra providencia: razon y justicia es que sepa algo de la historia de los séres que con tanta generosidad protege.

—¿Ves como Julio me da la razon?—dijo Clotilde di-

rigiendo la palabra á su aya.—Vamos, señor Monforte, siéntese usted y comience por decirme qué tiene mi piano que de ese modo le conmueve.

—No he visto una niña mas terca ni mas caprichosa que tú,—repuso el aya.

—Señora doña Mercedes, no es usted quien tiene la palabra, sino el señor de Monforte.

Julio inclinó dignamente la cabeza y dijo:

—La presencia de ese piano, primeramente, señorita, me recuerda aquel tiempo alegre y feliz en que mi familia no habia recibido aun el primer golpe del infortunio; además, ese instrumento me recuerda una fecha dolorosa: el dia que nos vimos en la imperiosa é inevitable necesidad de vender el piano de mi hermana; recuerdo siempre aquel instante que tan profunda pena nos causó: al ver que se lo llevaban de nuestra casa, sentimos todos un dolor profundo en el corazon como si nos arrancaran la fibra mas sensible; mi pobre hermana Blanca no ha podido aun olvidar su piano, y cuando la casualidad lleva hasta sus oidos las armoniosas notas de su instrumento favorito, sus ojos se llenan de lágrimas y un profundo suspiro se escapa del fondo de su alma: precisamente el piano de Blanca era un tesoro de armonías, una de esas obras de arte que parecen construidas por el genio de la música, era en fin un Steinvay lo mismo que el de usted, señorita, y yo, al leer la firma de su autor incrustada en nácar, no he podido menos de recordar lo que la miseria nos ha arrancado y que no volveremos nunca á tener.

—Sí, debe ser muy doloroso vender un piano, sobre

todo cuando se vende por necesidad y se tiene un alma creada para sentir y amar á la música.

—Nosotros nos resistimos mucho tiempo antes de decidirnos á enajenarlo, pero la necesidad pudo mas que el amor que le profesábamos, y lo vendimos.

Y Julio, sonriéndose de un modo doloroso, añadió:

—Despues de todo, era un lujo demasiado grande para nosotros tener en un pobre sotabanco un piano que habia costado veinte mil reales.

—¡Veinte mil reales!—repitió Clotilde asombrada de que la hermana de aquel jóven tan pobremente vestido hubiese llegado á tener un piano tan caro.—Precisamente esa es la cantidad que le costó á mi padre el mio.

—Tambien á Blanca se lo compró su padre; pero ¡ah! entonces ni en casa se conocia la miseria, ni podiamos soñar que algun dia nos cobijara bajo sus asquerosos harapos.

—¿Cuántas veces ha venido usted á verme, Julio?—preguntó Clotilde cambiando rápidamente de entonacion.

—Si mal no recuerdo, creo que esta es la tercera, señorita.

—¿Y por qué no me ha dicho usted que su hermana sabia tocar el piano? ¿que su padre habia sido bastante rico para gastar mil duros en un mueble de lujo?

—Porque sé por experiencia que el que se halla agobiado bajo el peso de la desgracia, debe economizar todo lo posible el relato de sus penas, porque es una conversacion que cansa, que fatiga; el dolor debe ser mudo como una roca, sufrido, resignado, sóbrio; el que hace

alarde de sus penas en esta sociedad donde laten tantos corazones egoistas, solo logra que huyan de él como se huye del leproso que puede contagiarnos.

Á manera que avanzaba Julio de Monforte en su relato notábase en el bello rostro de Clotilde crecer por momentos el interés.

Doña Mercedes por su parte escuchaba tambien con profunda satisfaccion á Julio.

—Pues bien, en el supuesto de que usted no me cree á mí bastante egoista para que me fatigue el relato de la desgracia, yo quiero que me cuente usted cómo, siendo ricos antes, se encuentran hoy pobres: es una curiosidad que espero que usted me dispense.

—La historia de nuestra desgracia, señorita, es bien sencilla,—añadió Julio.—Mi padre poseia una fortuna regular, pero era escesivamente bueno y confiado. Un amigo en quien tenia puesta toda su fé le hizo emprender algunas especulaciones desgraciadas que poco á poco le condujeron á la ruina: al verse pobre, le faltó la resignacion y la entereza. Yo seguia la carrera de leyes, pero tuve que suspenderla cuando solo me faltaban tres años para terminarla: en mi casa llegó por fin el triste dia en que faltó el pan. Mi madre y mi hermana trabajaban dia y noche, pero desgraciadamente el trabajo de la mujer es poco productivo; yo por mi parte poco ó nada podia ayudar á la familia; mi padre, desconsolado al ver la situacion á que nos habia conducido su escesiva credulidad y confianza, adquirió una de esas enfermedades sin nombre, que consumen y minan la naturaleza, acabando por

conducirle al sepulcro: mi pobre padre murió, y entonces, señorita, para enterrarle y trasladarnos á una habitacion mas modesta, nos vimos en la imprescindible necesidad de vender lo último que nos quedaba de algun valor y de que nunca habiamos querido deshacernos, porque constituia el consuelo de nuestra amargura: el piano. Desde entonces murió para nosotros la alegría; en nuestro humilde sotabanco se respira siempre una atmósfera que hace asomar las lágrimas á los ojos; ¡ah, señorita! si usted logra que su bondadoso padre me coloque, si yo logro mañana ganar el sustento de mi madre y de mi hermana, ¡cuántas bendiciones pronunciarán nuestros labios, dirigidas á nuestro ángel salvador!

Cuando Julio terminó su relato, Clotilde y doña Mercedes lloraban.

—Pido á ustedes perdon si las he entristecido al narrarles nuestras desgracias, pero solo lo he hecho accediendo á un deseo de la señorita Clotilde.

—Señor de Monforte,—dijo Clotilde enjugándose las lágrimas,—yo he pedido á mi padre para usted una modesta plaza de ocho mil reales; hoy mismo rectificaré la peticion con el objeto de que se le coloque á usted lo mas ventajosamente posible.

—No tengo ambicion, señorita; además me he acostumbrado á vivir con muy poco; mi único afan se reduce á que mi familia no carezca de lo necesario y poder concluir la carrera.

—Bien, bien, eso es cuenta mia; ahora le suplico á usted diga en mi nombre á su hermana Blanca que yo po-

seo un piano construido por Steinvay y que lo pongo á su disposicion; que puede venir á verme cuando guste y que tendré un placer en oirla y acompañarla con el armonium.

—¡Ah, señorita!—esclamó verdaderamente entusiasmado Monforte,—yo comenzaba á dudar de todo, yo creia que los ángeles solo habitaban en el cielo, pero desde hoy podré decir que tambien los he visto en la tierra; voy pues, con el permiso de usted, á derramar la benéfica luz de la esperanza en el alma pura de la mártir que me llevó en sus entrañas, en el virginal corazon de la jóven que me dá el dulce nombre de hermano.

Y Julio hizo un esfuerzo como si quisiera arrancarse á sí mismo de aquel sitio, y era que sin duda temia que la cariñosa mirada de Clotilde y la irresistible melodía de su voz le retuvieran en aquel gabinete mas tiempo del que su situacion le permitia permanecer.

Julio salió precipitadamente.

Quando llegó á la calle, quando el aire frio del invierno oreó su rostro, llevándose una mano al corazon, como para contener sus violentos latidos y exhalando un profundo suspiro, murmuró en voz baja estas palabras:

—Ella salvará mi cuerpo de la miseria, mi madre y mi hermana tendrán pan con que matar el hambre, pero ¿y mi alma? ¡quién salvará mi alma! ¡Ah, misterioso poder del infortunio! ¡por qué me enseñas las puertas del paraíso y me prohibes al mismo tiempo que avance un paso para entrar en él!

Y Julio, inclinando tristemente la cabeza sobre el pecho, continuó su camino profundamente preocupado.

## CAPÍTULO VI.

## Un sueño de color de rosa.

El hombre, trabajador incansable en el edificio de su desgracia, se complace en crearse multitud de necesidades que el tiempo convierte en el azote de su felicidad.

El filósofo que estudia profundamente al hombre, que le sigue paso á paso en la escala social, desde la pobre choza del pastor hasta el palacio del príncipe, acaba por convencerse de que nada hay tan barato como la vida, nada tan caro como el deseo, ni nada tan exigente como la vanidad.

La educación forma la naturaleza; la costumbre crea la necesidad.

Un pobre bracero, un cavador que nace y muere en una aldea, sin mas patrimonio que sus brazos, sin otro protector que el trabajo, vive con una modestia, que no comprende ni cree verosímil el que desde pequeño se acostumbra á derramar el oro á manos llenas.

Para vivir sin desear se necesita muy poco. El pobre jornalero que gana con su trabajo siete reales diarios, mantiene á su mujer y á sus hijos, sin que nunca le

preocupe la idea de que hay ricos que gastan en un objeto supérfluo lo que á él le cuesta de ganar un año.

Por regla general, lo desconocido se desea pocas veces: afortunadamente para los potentados, la inteligencia del pobre duerme tranquilamente en una bohardilla.

Pero basta de reflexiones enojosas, dejemos que el mundo marche soñando siempre en la realizacion del bello ideal, y entremos en un sotabanco de la calle de la Palma, en donde vamos á encontrar dos víctimas del infortunio con las cuales es indispensable que se relacionen nuestros lectores.

El sotabanco es el quierro y no puedo de las habitaciones, es el último escalon que conduce á la bohardilla: un especie de engaño inventado por los caseros modernos. La vanidad le da el nombre de piso cuarto; pero un sotabanco no será nunca mas que una bohardilla con la cara limpia y el traje de los dias de fiesta.

El sotabanco donde vamos á entrar con nuestros lectores, es una habitacion estremadamente reducida: solo tiene cuatro piezas, una salita, un corredor, á cuyo término se halla la cocina, y un pequeño cuarto que toma las luces del patio por una ventana pegada al techo.

La sala tiene una alcoba y una ventana desde la cual es imposible verse la gente que pasa por la calle.

Poco tenemos que decir de los muebles de esta habitacion: en la alcoba de la sala hay una cama, una silla y un cofre. En la sala un velador de pino, cuatro sillas de paja y un pequeño espejo con marco de caoba colgado de la pared. En el cuarto interior un catre sin col-

chon, una almohada y una vieja manta de Palencia, una mesa de pino, un tintero de barro y algunos papeles esparcidos sobre la mesa.

Este cuarto es el que ocupa Julio de Monforte.

El aspecto de la cocina es descónsolador: una tinaja sin tapadera y tres ó cuatro cacharros colocados sobre el fogon sin lumbre.

Indudablemente un ropavejero no hubiera dado por los enseres de aquella casa cincuenta reales; pero bajo su modesto techo se albergaba el mas apreciable tesoro del corazon humano: la virtud.

Doña Amparo era una señora de cincuenta y seis años; bastaba ver su pálido y demacrado semblante para adivinar el profundo dolor de su alma.

Aquella mujer vestia de luto. La limpia pobreza de su traje, la triste espresion de su mirada, y el resto de su pasada hermosura, que aun conservaban sus facciones, infundia respeto y veneracion. Era una madre que, como la de los Macabeos, por no affigir á sus hijos, en vez de asomar las lágrimas á los ojos, las dejaba caer gota á gota sobre el corazon. Estas lágrimas iban minando poco á poco su naturaleza, y por eso en su frente serena y resignada brillaba esa lívida palidez que indica la falta de salud.

Blanca, su hija, era uno de esos tipos espirituales, una de esas naturalezas delicadas que conservan la frescura y la virginidad de la niña siempre, y en cuyos corazones, llenos con el perfume del candor y de la inocencia, no halla cabida la intencion y la malicia.

Blanca contaba diez y ocho primaveras; su rostro, perfectamente ovalado, tenia la blancura de la flor del almendro. Sus ojos eran de un pardo oscuro, y sus cabellos negros como las moras en el mes de Setiembre. Su barba, un poco aguda por la demacracion de la cara, indicaba en su centro una pequeña hendidura, nido de gracias en donde tantas veces se queda prendida la voluntad de un hombre.

El cuerpo de la jóven que nos ocupa, era estremadamente delgado; la escasez que la rodeaba se habia entretenido infamemente en consumir poco á poco las frescas carnes de aquel pobre ángel.

Blanca estaba muy delgada, carecia, pues, de esa belleza, de ese atractivo que la robustez moderada del cuerpo presta á las mujeres en su juventud.

Muchas veces, cuando, acompañada de su madre, iban á devolver á la tienda su trabajo, mas de un admirador de la belleza se habia dicho:

—¡Qué hermosa seria esa muchacha si engrosara un poco!

Pero Blanca no era otra cosa que un alma de seis años dentro de un cuerpo de diez y ocho: para ella el mundo se reducía á los estrechos ámbitos de su sotabanco, y todas sus afecciones á amar á su madre y á su hermano.

Si se le hubiera dicho: la felicidad de los dos séres que tanto amas, estriba en que tú te sacrifiques por ellos, hubiera aceptado con la sonrisa en los labios hasta el martirio que termina con la muerte.

Blanca y su madre trabajaban sentadas junto á un velador, cosian camisas para una tienda de la calle de la Montera, y aunque el jornal que ganaban no era muy grande, les permitia sufragar con pobreza las necesidades imperiosas de la vida.

—¡Cuánto tarda Julio!—dijo Blanca despues de contar las doce campanadas con que el reloj de la Universidad anuncia la hora del medio dia.

—Al salir me dijo que iba á ver á la hija del general Lostan, á esa buena señorita que providencialmente parece ser que se ha propuesto ser nuestra protectora. Quién sabe, tal vez no habrá podido verla y estará esperando.

—¡Oh! no lo crea usted, madre mia; la señorita Clotilde tiene siempre las puertas abiertas para los desgraciados; á mí me sucede lo mismo que á Julio: tengo una gran fé en ella.

—Vosotros sois jóvenes, hijos míos, y aun no os ha llegado, afortunadamente, la hora de los desengaños.

—Segun eso, ¿no confía usted en que por su influencia se coloque Julio?

—Yo no confío ya en nada, hija mia; ¡he encontrado en este mundo tantas decepciones!

—Pues yo pienso de otro modo, y creo firmemente que la señorita Clotilde será nuestra salvacion, que logrará por fin que el general saque un destino para Julio, y éste, que es muy aplicado, tiene mucho talento y es muy buen chico, terminará á ratos perdidos la carrera, tendrá muchos pleitos y muchos negocios, llegará á ser

rico y rodeará á su madre y á su hermana de todas las comodidades que perdieron.

—Acabas de contarme un cuento de color de rosa,—añadió doña Amparo sonriéndose melancólicamente.

—¡Caramba! es que yo no quiero perder las esperanzas; ¿por qué razon, si Julio es tan bueno, no ha de hacer fortuna?

—Hija mia, la fortuna suele ser algunas veces del que la busca, pero casi siempre del que tropieza casualmente con ella; si en este valle de lágrimas las criaturas encontraran la recompensa que merecen, tú y Julio debiais ser muy felices.

—Pues á mí el corazon me dice que este invierno, que tan crudo se presenta, no lo terminaremos en este sotabanco, y si usted no me llamara crédula y no se riera de mí, le diria que esta noche pasada he tenido un sueño encantador.

—Sí, el sueño poético de los diez y ocho años; pero vamos á ver, cuéntame tu sueño; cuando se trabaja no viene mal un poco de conversacion, siempre distrae algo.

—Pues bien, madre mia, he soñado que la fortuna, que hace algunos años nos trata con rigor, nos habia vuelto de improviso su risueña cara, haciéndonos prosperar de una manera rápida con su influencia, con su inapreciable proteccion.

—Dices bien, eso es puramente un sueño.

—Sea lo que sea, con el permiso de usted, continuaré relatándolo.

—Cuenta lo que quieras.

—Protegidos por la fortuna, Julio prosperaba de un modo rápido: habíamos cambiado esta habitación pobre y poco agradable por un cuarto segundo perfectamente empapelado, con las alcobas charoladas, un pequeño nido, en fin, lleno de poesía y de comodidades. Julio, siempre bueno conmigo, me había comprado con sus ahorros un hermoso piano de Steinway, construido en los Estados-Unidos, exactamente igual al que mi padre me compró en otro tiempo; ¡oh! era un hermoso instrumento, con unos sonidos poderosos, con una vibración sin rival, una obra, en fin, digna de su célebre y famoso constructor.

—Sueño y solo sueño, querida hija mía.

—Preciso es confesar que era un sueño encantador.

—¿Y qué pensaste al abrir los ojos á la vida, al despertar y encontrarte en tu pobre cama, al salir á esta sala, y en vez de tu piano construido por Steinway, encontrarte con media docena de sillas de paja y un velador de pino?

—Al ver la realidad, me sonreí y me dije: «Quién sabe, mi hermano es jóven, tiene mucho talento, me quiere con delirio y tal vez andando el tiempo se realice mi hermoso sueño y llegue yo á poseer un piano.»

—En cuanto á eso, yo te aseguro, hija mía, que si la señorita Clotilde coloca á Julio, aunque tenga que privarme de otras cosas, te alquilaré un piano.

—¿De veras, madre mía?—esclamó con indecible entusiasmo Blanca.

—Yo te lo prometo.

—¡Ah! ¡Es usted la mejor de las madres! ¡Cuánto deseo sentarme al piano! ¡qué ganas tengo de recordar algunas piezas musicales, sobre todo las sonatas de Mozart! ¡qué sencillez y qué riqueza de genio! ¿Recuerda usted la marcha turca? ¿recuerda usted la serenata del *Don Juan*?

Y Blanca comenzó á tararear con voz dulce y melodiosa la serenata del *Don Juan*, la obra mas popular del célebre compositor aleman que á los siete años de edad asombraba al mundo filarmónico con sus composiciones, y á los doce ponía en escena su primera ópera.

Una voz mas varonil, pero no por eso menos dulce y armoniosa que la de Blanca, se oyó en la puerta de la escalera, acompañándole la melodía que ella cantaba.

—Es Julio,—dijo Blanca soltando una carcajada;—ya lo vé usted, madre mia, viene alegre, trae buenas noticias.

—Dios lo quiera.

Blanca corrió á abrir la puerta; doña Amparo dirigió una mirada cariñosa hácia el sitio á donde se encaminaba su hija.

## CAPÍTULO VII.

Donde continúan los sueños de color de rosa.

Y efectivamente era Julio de Monforte que regresaba á su pobre sotabanco con el corazón lleno de ilusiones, el alma perfumada por las esperanzas y la mente repleta de pensamientos de color de rosa.

La voz de Clotilde habia resonado en el fondo de su pecho como las notas dulces y melodiosas de un coro de ángeles.

Julio entró en su casa, y despues de abrazar á su hermana, fué á dar un beso á su madre, cogió una silla y se sentó al lado de aquellos séres que tanto amaba.

—Parece que vienes muy contento, Julio,—le preguntó la madre.

—En el rostro de mi hermano leo,—dijo Blanca,—que ha visto á la señorita Clotilde.

—¡Oh! sí, la he visto, ya lo creo, no se niega nunca,—contestó Julio con entusiasmo;—me ha recibido en su mismo gabinete; ¡ah! ¡si vieras, Blanca! ¡Si vieras qué gabinete tiene tan mono! ¡Cuánta nimiedad encantadora! ¡Qué gusto! ¡qué delicadeza en todos los detalles! Si

algun dia soy rico, he de tomar el gabinete de Clotilde por modelo para arreglarte á tí otro igual.

—Pero, ¿qué te ha dicho de tu colocacion?—preguntó la madre, que, efecto sin duda de los desengaños, era menos soñadora que sus hijos.

—Me ha dicho que dentro de tres dias tendré en mi poder la credencial.

—¿De veras?—preguntaron á un tiempo doña Amparo y Blanca.

—Y tan de veras, como que ya creo tenerla en el bolsillo.

—¿Y cómo has tardado tanto para venir á darnos esa buena noticia?—le preguntó Blanca.

—Porque has de saber, querida hermana, que Clotilde, como todas las mujeres, peca un poco de curiosa,—añadió Julio,—y al observar que yo tenia fijamente los ojos puestos en su hermoso piano y que de mis ojos se escapaban imprudentemente dos lágrimas, quiso saber por qué la presencia de su piano me causaba á mí tanto sentimiento.

—¿Y qué le contestaste?

—¡Toma! que como aquel instrumento estaba construido por Steinvay y tú habias tenido uno del mismo autor, que la desgracia nos habia puesto en el duro trance de vender, la presencia del piano habia traído á mi memoria otros tiempos mas felices y mis ojos habian cometido la inconveniencia de derramar dos lágrimas.

—¡Oh! yo tambien hubiera llorado, porque ya sabes que no olvido nunca mi hermoso piano.

—Eso mismo le dije, y Clotilde, que es tan buena como un ángel, se empeñó en que le contara una parte de nuestra desgracia, y yo no tuve otro remedio que acceder á sus deseos.

—¿Y ella te escuchaba con interés?—preguntó Blanca.

—No solo con interés, sino que ví sus ojos humedecidos por las lágrimas; pero no saben ustedes lo mejor: cuando terminé mi relato, Clotilde me dijo: «yo habia pedido para usted á mi padre una plaza de escribiente y eso me parece muy poco para una familia que ha poseido en otro tiempo un piano construido por Steinway: rectificaré mi peticion con objeto de que el sueldo sea mayor.»

—¡Eso te dijo!

—Espera, espera, querida hermana, porque Clotilde no solamente se ocupó de mí, sino que me dijo que te participara que cuando quieras tocar algun rato el piano, su hermoso Steinway se halla á tu disposicion.

—¡Lo oye usted, madre mia!—esclamó Blanca sin poder contener la alegría; la señorita Clotilde, la hija del general Lostan, me invita á que vaya á visitarla, ¡oh, qué placer tan grande seria para mí tocar una hora el piano!

—Pues bien, yo ofrezco llevarte,—repuso Julio dejándose llevar del entusiasmo que sentia.

—¿Estás loco, Julio? Eso seria abusar de la amabilidad de esa señorita,—dijo la madre con cariñosa gravedad.

—Pero, madre mia, Clotilde me ha dicho que lleve á mi hermana cuando quiera, que tendrá sumo gusto en oirla tocar.

—Esas son palabras hijas de la buena educacion,

y los que como nosotros se hallan en la desgracia, no deben nunca tomarlas mas que como un cumplimiento, como una mera fórmula.

—No, no, madre mia,—repuso Julio,—Clotilde es una de estas criaturas que ostentan á través de su frente casta y hermosa la sencilla virginidad de su alma, ella solo dice lo que siente, su corazon es demasiado hermoso para abrigar la doblez, sus labios demasiado bellos para formular la mentira; si, como no dudo, en el término de tres dias, me envian la credencial, cuando vaya á darle las gracias, usted y Blanca vendrán conmigo para cumplir el sagrado deber de la gratitud.

—Ya sabes, hijo mio, que nunca me niego á lo que es justo,—añadió doña Amparo;—no dudo tampoco de las bellas condiciones de nuestra protectora, sé que es buena y se complace en sembrar el bien siempre que puede; pero Clotilde no vive sola en su casa, y si bien tengo la seguridad de que ella nos recibiria de un modo cariñoso, podrian otros tacharnos de pesados y entrometidos; además, tu hermana Blanca se encuentra muy mal de ropa, no tiene otro traje que el que lleva puesto, y solo puede salir de noche.

—¡Y qué importa el traje, madre mia!—esclamó Julio demostrando la altivez de sus pensamientos,—qué importa el traje cuando se lleva impreso en la frente el hermoso sello de la virtud, cuando se ostenta en la pudorosa mirada el perfume de la castidad y de la inocencia! Blanca con sus negros y raidos harapos puede presentarse con la cabeza levantada en cualquier parte. ¡Ah!

maldita sea la vanidad de los hombres, la vergonzosa ostentacion de esa sociedad mezquina y viciosa que rinde tributo á un vestido de terciopelo, aunque encubra el cuerpo de una mesalina.

—Desgraciadamente, hijo mio, esa sociedad á quien acabas de dirigirle tus inculpaciones se ocupa mas de la corteza que del fondo. Cuando vivia tu padre, todos los sábados se reunian en nuestra casa un número de amigos que tomaban té y aplaudian á tu hermana las piezas musicales que ejecutaba al piano; pura era entonces Blanca; tanto, ó mas lo es ahora que el látigo del infortunio ha puesto á prueba su virtud. Vuelve los ojos en derredor tuyo, ¿qué nos queda de nuestra pasada opulencia? Nada. ¿Qué nos rodea de nuestro pasado lujo? La pobreza en su último grado. ¿Quién viene á visitarnos? Nadie.

Doña Amparo habia pronunciado las anteriores palabras con una entonacion llena de sentimiento y frialdad al mismo tiempo.

Era la voz del desengaño, que, fria como el hielo, cae gota á gota sobre el corazon, levantando un eco doloroso.

—Es verdad, madre mia, hoy todos nos han abandonado, y yo por mi parte, cuando encuentro en la calle alguno de aquellos antiguos amigos, procuro evitarme la vergüenza de que, ó finjan no verme, ó me dirijan un saludo humillante; pero esa sociedad tiene sus escepciones, y la hija del general Lostan es una de ellas.

—Líbreme Dios de dudarle,—repuso la madre;—y si,

como espero, nos arranca de esa miseria en que vivimos, todas las horas de mi vida no serán bastantes para demostrarle mi agradecimiento.

—Yo por mi parte la quiero mucho desde el primer día que la ví,—repuso Blanca,—y creo que si envía la credencial á Julio, sin que nos importe el mas ó menos lujo de mi traje, debemos ir á darle las gracias.

—Bien, bien, iremos, hijos míos, ya sabéis que no hago nunca mas que lo que vosotros quereis; pero hace mucho tiempo que dieron las doce y, entretenidos en nuestra conversacion, nos olvidamos de nuestras modestas patatas y nuestro plato de escarola; vamos pues á almorzar.

—Sí, sí, á almorzar,—añadió Julio,—y como en este mundo todo es pura ilusion y hoy tenemos muchos motivos para estar alegres, las patatas van á sabernos como si fueran faisanes, y la ensalada la convertiremos en nuestra imaginacion en lo que mas os agrada, porque, como ha dicho el célebre autor de «La vida es sueño» *gustos y disgustos son no mas que imaginacion.*

Doña Amparo se dirigió á la cocina, los dos hermanos se quedaron solos en la sala. Blanca puso su mantel sobre el velador y Julio sacó un pan y los cubiertos del cajon de la mesa.

—Ya lo ves,—dijo Blanca en voz baja á su hermano,—nuestra madre no quiere que salga de dia con este traje, la pobre me quiere tanto, que le causa gran pena el verme tan mal vestida.

—El corazon me dice, querida Blanca, que antes de quince dias podrás arrojar á la calle esos harapos que en-

cubren tu cuerpo, porque el primer dinero que tenga lo voy á emplear en hacerte un traje completo.

—Sí, eso es, para la señorita, que no tiene obligacion de salir á la calle ni necesidad, un traje nuevo y lujoso; y para tí, que tienes que ir á la oficina y presentarte con decencia, ese gaban raído y el sombrero mugriento que llevas.

—¡Bah! los hombres no tienen tanta necesidad de vestir bien como las mujeres, además yo tendré mucho orgullo en decir mirad á mi hermana, vedla bien, es la muchacha mas bonita y mas buena de Madrid, yo le he regalado ese vestido con el primer dinero que he ganado en mi vida.

—Estaria bonito eso, y desde ahora te prevengo que no aceptaré tu regalo, si antes no te compras tú un traje.

—Bien, bien, allá lo veremos,—contestó Julio riéndose;—en este mundo es sabido que el que tiene mas fuerza gana, yo tengo mas fuerza que tú.

En este momento doña Amparo salió de la cocina llevando en las manos una de esas prosaicas cazuelas de Alcorcon que tanta poesía tienen para los pobres cuando se hallan llenas de un humeante y saludable guiso de patatas.

—Á la mesa, hijos míos,—dijo doña Amparo.

—Sí, sí, á almorzar, porque cuando el corazon está alegre, se tiene siempre buen apetito.

Y aquellos tres hijos del infortunio se sentaron al redor de la mesa con la esperanza de un porvenir risueño en el alma.

---

## CAPÍTULO VIII.

## La desterrada voluntaria.

Al día siguiente de los acontecimientos que nos ocupan, el general tiró del llamador de la campanilla una hora mas temprano de lo que tenia por costumbre.

Santiago Murcia, á quien sin duda recordarán nuestros lectores, era el ayuda de cámara, el hombre de confianza, el amigo privado del ilustre general D. Pedro de Lostan, marqués del Radio.

Santiago se hallaba en la antesala cuando oyó la campanilla del gabinete de su amo, y entró á recibir órdenes.

El general estaba vestido en traje de calle, lo cual no dejó de causar algun asombro á Santiago.

—Dispon que me sirvan un ligero desayuno en esta misma habitacion,—dijo el general al ver á su ayuda de cámara,—y manda que esté el coche enganchado para dentro de media hora.

—¿Está enfermo el señor general?—preguntó Santiago con mas interés del que acostumbran á sentir los criados.

—No,—contestó don Pedro con sequedad.

—Sin embargo, está usted mas pálido que de costumbre.

—He pasado muy mala noche, Santiago; apenas he dormido una hora.

—¡Ah! sí, el insomnio fatiga mucho mas que un dia de marcha por los áridos campos de la Mancha en el mes de Julio,—contestó Santiago con preocupado acento.

—Bien, bien, vé á decir que me sirvan el desayuno y que enganchen el coche.

Santiago salió y el general se puso á dar paseos á lo largo del gabinete.

El rostro de aquel hombre, que aun conservaba restos de su pasada belleza, se hallaba velado por ese tinte sombrío que demuestra la inquietud del alma.

Su mirada era vaga y fria, y de vez en cuando un ligero estremecimiento de labios demostraba la exaltacion de su espíritu.

Durante ocho minutos el general no cesó de pasearse con las manos cruzadas sobre la espalda y los ojos fijos en la alfombra que cubria el pavimento.

Era indudable que la imaginacion de aquel hombre se encontraba preocupada.

Santiago volvió á entrar en el gabinete seguido de un criado que traia en una bandeja el desayuno del marqués.

—Déjalo todo sobre el velador y vete,—dijo el general al criado;—Santiago me servirá.

Santiago lo dispuso todo, y viendo que el general continuaba sus paseos sin acordarse del almuerzo, le dijo:

—Cuando el señor marqués quiera.

Don Pedro se sentó y comenzó á comer distraidamente, sin fijarse en la clase de manjar que llevaba á su boca, tal era la terrible lucha que mantenian sus ideas, tal era el estado de inquietud de su corazon.

Terminado el almuerzo, el general dijo:

—Santiago, sírreme una taza de té.

El ayuda de cámara obedeció.

—¿Sabes si se ha levantado mi hija?—volvió á preguntar el general despues de una corta pausa.

—Lo ignoro, señor marqués, pero si usted quiere, iré á enterarme.

—No, no, déjalo, ya la veré cuando vuelva; esa encantadora niña tiene sobre mí tal influencia, que si ella supiera el paso que voy á dar... Mas valé que lo ignore.

Y dirigiendo una mirada fria á Santiago, añadió:

—Tú me acompañarás.

—El señor marqués sabe que me tiene siempre á sus órdenes.

—Lo sé, Santiago, lo sé, y tú no ignoras que hace tiempo he depositado en tí mi confianza.

—El señor general, no solo me salvó la vida, sino que me honra con su aprecio y distincion.

—Tú te lo mereces... pero no hablemos de eso. ¡Sabes á dónde voy?

—Lo ignoro, señor general.

—¡Oh! es imposible que lo sospeches siquiera,—volvió á decir el marqués dejando asomar á sus labios una sonrisa fria;—pero es preciso, sí, es preciso hacer un esfuerzo,—añadió el general como si hablara consigo mismo:—esa pobre niña que embellece las horas de mi existencia, ese ángel que Dios me ha concedido para que sea mas llevadero el infierno de mi vida, merece que yo me sacrifique.

Santiago miraba á su amo sin comprenderle, pero las palabras que acababa de pronunciar escitaban vivamente su curiosidad.

—Sé que voy á pasar un mal rato,—volvió á decir el general:—ella es orgullosa, dominante, y tal vez recibirá mi proposicion con una sonrisa de desden en los labios; pero no importa, tendré valor para sufrirlo todo.

Santiago comenzaba á comprender aquella especie de soliloquio de su amo.

—Pues qué, señor general, ¿va usted á visitar á la marquesa?

—Sí, Santiago,—contestó don Pedro exhalando un profundo suspiro;—es preciso que termine nuestra separacion: tengo una hija, y por ella solamente estoy dispuesto á hacer los mayores sacrificios.

—Pero, ¿querrá la señora marquesa abandonar su retiro?

—Eso es lo que voy á saber muy pronto.

Santiago meneó la cabeza en señal de duda.

—Entérate si está dispuesto el carruaje.

—Está esperando, señor general.

—Entonces, vamos, y que Dios me inspire.

Una sonrisa de duda asomó á los labios de Santiago, que salió del gabinete siguiendo los pasos del general.

Doña Beatriz de Esquivel, marquesa del Radio, hacia cuatro años que se hallaba retirada de la sociedad madrileña, habitando una casa de campo situada en las cercanías de Chamartin.

Al principio, es decir, cuando desapareció la marquesa, dando por pretexto que los médicos la habian aconsejado la vida del campo, esa familia feliz, esa gran cohorte de desocupados que viven alegremente gastando la vida y el dinero, creyó ver algun drama de familia, algun secreto, en la inesperada ausencia de la marquesa.

Algunas veces, en particular los jueves, al ver pasar por la Castellana la elegante carretela de Clotilde de Lostan, decian algunos de sus infinitos conocidos:

—La hija va á ver á la madre todas las semanas, pero, ¿y el general? ¿cuándo va el general?

Y la maledicencia, con una sonrisa maquiavélica en los labios, contestaba:

—¡Oh! el general no se toma nunca el trabajo de visitar á su mujer.

Y á los desocupados no les faltaba razon para pensar de este modo, pues el general, tarde, muy de tarde en tarde, solia ir á Chamartin á visitar á su esposa.

La marquesa, por su parte, no se habia tomado la molestia de visitar á Madrid durante tres años.

En la sociedad del gran mundo abundan los tontos, los inoportunos y los mal intencionados, y mas de una vez, en las reuniones aristocráticas á donde concurría el general, habia tenido que sufrir las impertinentes preguntas de los desocupados.

Don Pedro contestaba siempre lo mismo:

—La pobre Beatriz va reponiéndose muy poco á poco, pasa su vida cuidando sus flores y sus pájaros, pintando paisajes y leyendo buenos libros; ¡oh! yo creo que la marquesa ha llegado á tenerle un ódio tan profundo á Madrid, que dificilmente lograremos convencerla que venga á vivir con nosotros; sin embargo, el destierro voluntario que se ha impuesto, sin otro objeto que el de restablecer su salud, es preciso que tenga un término. Mi hija Clotilde va siendo una mujer, y necesita la sombra protectora de su madre.

Esta relacion, aunque nunca pronunciada con la misma forma, era la que empleaba el general para acallar la curiosidad incesante de sus amigos.

Muchos sospechaban que detrás de esta esplicacion sencilla existia un drama de familia, pero nadie se atrevia á manifestar sus sospechas al marqués del Radio, temeroso, sin duda, de encontrarse con un lance desagradable.

El general tenia fama de valiente; habia demostrado en mas de una ocasion la serenidad de su valor, en una palabra, temian ofenderle, conociendo su destreza en las armas y la gran costumbre que tenia de arriesgar la vida.

Los mas intencionados, esas víboras de levita que se complacen en hacer sangre con la palabra, no dándose por satisfechos con las esplicaciones del general, comentaban á su modo la separacion de la marquesa, si bien lo hacian en voz baja, pero muy baja, para que no llegara á oídos del marqués del Radio.

Sin embargo, debemos decir que en Madrid existia un hombre para el cual no era un secreto la separacion de los marqueses del Radio; este hombre se llamaba don Fernando de Casaval, conde de la Fé. Era un noble cuyos pergaminos databan del tiempo de las Cruzadas, rico solteron que vivia abrazado al celibato, á pesar de sus cincuenta años, y que era escéptico, incrédulo y mordaz como Voltaire, á cuyo filósofo rendia la mas respetuosa veneracion.

Mas no ha llegado aun el tiempo de que saquemos á escena al nobiliario conde de la Fé. Del retrato de este personaje nos ocuparemos en otro lugar.

Pero volviendo á la marquesa, diremos que la verdad del caso era que hacia cuatro años vivia retirada en las cercanías de Chamartin, y segun de pública voz se decia en el pueblo, era doña Beatriz una buena y caritativa señora, que no faltaba nunca á los preceptos de la Santa Madre Iglesia, daba limosna los martes y los sábados á los pobres y no tenia en su retiro otra sociedad que la del médico y el párroco, dos pobres ancianos que ya caminaban encorvados por el peso de los años, como si buscaran la sepultura en donde depositar sus cansados cuerpos.

Pero el juicio crítico de esa sociedad que vive en las pequeñas localidades no está, por lo general, exento de errores, porque en los pueblos es precisamente en donde mas dominio ejerce ese atractivo inesplicable que se llama simpatía.

Mas adelantando nosotros con la imaginacion al coche del general Lostan, entremos en la hermosa y cómoda quinta de la marquesa del Radio, pues bueno será que conozcamos á su noble dueña.

Doña Beatriz de Esquivel tendria cuarenta años de edad, y se hallaba en ese período de la vida en que la juventud se dispone á dar el último adios.

Pálida, delgada y alta, la marquesa, que no abandonaba nunca el traje negro, era uno de esos tipos severos que jamás animan su semblante con la gracia de una sonrisa. Sus cabellos, de un castaño oscuro, comenzaban á verse entremezclados con las canas. Su rostro, un tanto largo, no carecia de belleza, pero la apagada inmovilidad de sus grandes ojos negros, robaban indudablemente una gran parte de esa espresion, de esa vida que constituye la gracia y el encanto en el semblante de una mujer.

Doña Beatriz, mas que una señora de nuestros dias, parecia un rica fembra de los tiempos feudales.

Terminado el ligero boceto de este personaje, entremos en su habitacion.

---

## CAPÍTULO IX.

## Donde el general pierde la batalla.

Serian las once de la mañana.

Doña Beatriz habia pasado, segun su costumbre, dos horas en la estufa del jardin contemplando sus hermosas flores de invierno, y como la vida para aquella señora, desde que vivia en el campo, era tan metódica, al oir que el reloj de la torre del pueblo daba las once, se dirigió desde el jardin al comedor.

—Á la mitad de la calle de árboles que conducia desde el invernadero á la casa, se hallaba, cuando vió venir precipitadamente á su doncella.

La pobre muchacha parecia así como azorada, y en sus francas facciones se advertia cierto sobresalto bastante marcado.

—¿Qué es eso? ¿qué te pasa?—le preguntó doña Beatriz en tono de dulce reconvencion.

—El general está esperando en el gabinete de la señora marquesa,—contestó la doncella con la misma entonacion con que hubiera dicho: «la casa está ardiendo.»

—¡El general! ¡oh! eso no es posible,—añadió la mar-

quesa palideciendo;—tú te has engañado, tú le has confundido con otro.

—Le conozco bien, señora marquesa, y puedo asegurar á usía que es él mismo en persona.

Doña Beatriz se quedó inmóvil, guardó silencio durante algunos segundos y murmuró despues en voz baja como hablando consigo misma:

—¡El general aquí! ¡Habrá sucedido alguna desgracia! ¡Estará Clotilde enferma!

La duda, el temor causaron una viva impresion á la marquesa, y apresurando el paso, se dirigió hácia la casa.

Al pisar los umbrales se detuvo, llevóse la mano al pecho y luego á la frente, su semblante volvió á adquirir su habitual gravedad y comenzó á subir muy despacio la escalera.

La doncella la seguia maquinalmente; la presencia del general en aquella casa era, sin duda, para aquella muchacha, de mal agüero.

Doña Beatriz, en vez de dirigirse á su gabinete, en donde, segun la doncella, estaba esperando el marqués, entró en el salon destinado á recibir las visitas de etiqueta, y sentándose en un antiguo sillón de terciopelo, dijo:

—Avisa al señor general que puede pasar cuando guste.

La doncella corrió á donde estaba esperando don Pedro y le repitió las palabras de su ama.

—Está bien,—dijo el general:—veo que la señora marquesa me recibe como á una visita de cumplido, está

en su derecho; guíeme usted hasta donde se halle su ama para anunciarle mi persona.

La doncella salió delante, don Pedro caminaba detrás, profundamente preocupado; conocía á su esposa y era para él menos agradable el paso que iba á dar, que apoderarse de un reducto bien defendido.

Cuando la doncella llegó á la puerta del salon, descorriendo con una mano la ancha cortina de terciopelo, dijo en voz alta:

—El señor general marqués del Radio.

Luego se retiró, dejando el paso franco á don Pedro.

La marquesa, fria, inmóvil, como si hubiese sido una mujer de mármol, fijó en su esposo una de esas miradas severas que con tanta majestad despedían sus pupilas.

El general, por su parte, avanzó algunos pasos, observando la mas escrupulosa etiqueta. Mas que un esposo que se acerca á saludar á su esposa despues de algun tiempo de ausencia, se le podia tomar por un embajador en el momento de presentar sus credenciales á una reina.

—Señora marquesa,—dijo don Pedro inclinando con respeto la frente,—no he olvidado que usted me habia prohibido venir á visitarla á este tranquilo retiro.

El general se detuvo como esperando alguna frase que le alentara, que pusiese fin á la tirante situacion en que se hallaba.

Doña Beatriz guardó silencio y permaneció con los ojos fijos en su esposo con admirable serenidad.

—Pido, por lo tanto, perdon á la señora marquesa por mi atrevimiento,—añadió el general.

Por fin el semblante de la marquesa se reanimó un poco y sus delgados labios se movieron para formular algo parecido á una sonrisa.

—Supongo, señor general,—dijo,—que cuando usted se atreve á faltar á su juramento, grave debe ser el motivo que á ello le obliga.

Don Pedro vaciló un instante, parecia como si buscara en su mente una palabra, una frase conciliadora, y por fin añadió con grave y entonado acento:

—Ángela ha muerto.

Como si este nombre hubiera tenido un poder mágico para doña Beatriz, su semblante se estremeció de un modo nervioso, brillaron sus negras pupilas, y sus pálidas mejillas adquirieron un tinte lívido.

—¡Ha muerto!—repitió con profunda y triste entonación doña Beatriz.—¡Pobre Ángela! Por fin terminó su penoso calvario... el cuerpo de la mártir pagó su tributo á la tierra... el alma indudablemente habrá volado al cielo. ¿Dónde cree usted que irá el alma del verdugo de esa mujer?

El general exhaló un profundo suspiro, sus ojos despedieron una mirada centelleante, calenturienta, y con una voz entorpecida por el remordimiento añadió:

—Es usted demasiado cruel, marquesa.

Una sonrisa desdeñosa asomó á los labios de aquella mujer, en cuya frente se hallaba impreso el sello de la mas estricta severidad.

De pronto sus ojos se entristecieron, inclinó pausadamente la cabeza sobre el pecho, y cruzando las manos con beatitud, añadió:

—¡Ángela ha muerto! recemos por el descanso de su alma.

Aquí medió una pausa terriblemente penosa para el general. Despues doña Beatriz levantó poco á poco la frente y dijo fijando en su esposo una mirada que era una reconvencion:

—¿Y qué es lo que usted quiere, general?

Esta pregunta severa, desdeñosa, causó al marqués el mismo efecto que si la punta de una espada hubiera penetrado en su pecho.

—¡Ah, Beatriz! eres muy cruel conmigo.

La marquesa hizo un gesto de disgusto como si el lenguaje familiar que por primera vez empleaba el general le hiciese daño.

—Señor general,—añadió doña Beatriz sin abandonar su fria entonacion,—hace cuatro años, cuando la casualidad me hizo descubrir el terrible secreto que usted tan profundamente ocultaba en su corazon, pude vengarme de un modo cruel, y no lo hice; pero no fué por usted, general, fué por mi hija, y solo por ella me resigné á vivir separada del mundo, fingiendo el pretexto de la falta de salud, para no dar pábulo á la maledicencia. Entonces vine á esta casa, solitaria mansion cien veces mas grata para mí que la compañía de un hombre que tan infamemente me ha engañado.

El general escuchaba á la marquesa con la frente

inclinada sobre el pecho, como escucha el reo la terrible y merecida sentencia de su juez.

Doña Beatriz añadió:

—Yo pude decir á mi hija: ven á consolar la triste soledad que me he impuesto; pude exigir que usted me la entregara; pero tuve la grandeza, la abnegacion de privarme de las caricias de Clotilde, por no sacrificar á una pobre niña á que viviese ignorada en este retiro.

—Sí, sí, todo eso es verdad, Beatriz,—esclamó el general;—á pesar de mi crimen, de mi infamia, tú has sido bastante buena para permitir que Clotilde viva á mi lado; Clotilde, que es el único lazo que me une á la vida; Clotilde, que me hace soportar con resignacion el fatigoso peso de la existencia; Clotilde, ángel querido, cuya voz levanta en el desierto de mi alma ecos de una dulzura infinita. Pero Ángela ha muerto, el obstáculo no existe, yo vengo á pedirte en mi nombre y en el de nuestra hija, perdon y olvido.

—¡Olvido! ¡oh! ¡jamás! Usted ha roto una por una las fibras mas delicadas de mi corazon; usted me ha inferido la mas cruel de las afrentas; usted, en fin, general, ha cometido uno de esos crímenes que repugnan, que avergüenzan, y mientras me quede un soplo de vida, no quiero olvidar, no puedo perdonar.

La marquesa pronunció las anteriores palabras con una entonacion enérgica, vibrante, abrumadora. Sus ojos brillaron con ese fuego sublime que despiende del alma la dignidad ofendida.

—¡Ah! ¡Beatriz! ¡Beatriz!—esclamó el general ca-

yendo de rodillas á los piés de la marquesa y juntando las manos en ademan suplicante.—Tú no puedes imaginarte el horrible infierno que devora mi pecho desde el dia en que tan justamente me exigiste una separacion sin escándalo: si lo supieras, estoy seguro que me perdonarias; pero es justo que no accedas á mis súplicas, que me desprecies; no te pido compasion para mí, pues no la merezco, la pido para nuestra hija, para Clotilde, para el inocente sér que llevaste en tus entrañas, y necesita la santa, la cariñosa proteccion de su madre.

—Levántese usted, caballero, ha pasado el tiempo de las súplicas, pero ha llegado el del remordimiento; usted sabe las condiciones que en otro tiempo le impuse. Ángela ha muerto, pobre mártir, bien sabe Dios que me he compadecido de ella tanto como de mí misma, pero ella ha dejado un hijo, y ese hijo se presentará delante del general Lostan á reclamar una parte de su fortuna.

—Ese hijo no conoce á su padre,—tartamudeó don Pedro.

—Otra infamia mas,—añadió con desprecio la marquesa.—¿Cree usted, general, que la pobre Ángela antes de morir no habrá revelado á su hijo el secreto de su vida?

—No; Ángela bajó á la tumba sin confiar el secreto á nadie; puedes estar tranquila.

—¡Imposible! ¡Imposible!

—Yo te lo juro en nombre de nuestra hija.

—Pero aunque eso sea cierto, existe dentro de nos-

otros una fuerza poderosa, la voz de la naturaleza, y tarde ó temprano vendrá á decirle á los oídos del general Lostan: «yo soy tu hijo» y entonces la dignidad ofendida de ese jóven buscará el origen de su nacimiento, y al descubrirle, todos mis sacrificios quedarán rotos en pedazos, la fortuna de Clotilde mermada, y una gran vergüenza será por último nuestro patrimonio.

—No, Beatriz, no, eso no sucederá: Ángela bajó al sepulcro llevándose su secreto, y el que se atreviera á disputarle los derechos á mi hija, yo te juro que sabría arrancarle la lengua; tú me conoces bien, yo he probado cien veces que desprecio la muerte.

—¡Basta! ¡Basta!—repitió la marquesa con indignación.—¡Oh! ¡estos hombres se creen que el valor solo consiste en poner sin temblar el pecho delante de las balas! Necia vanidad, error grave; el valor puede manifestarse de mil modos; el pobre jornalero que trabaja con la sonrisa en los labios uno, otro y otro dia, sin mas objeto que el de mantener penosamente á su familia, que solo pide á Dios trabajo, porque cuando le falta, empieza el hambre, ese hombre es mas valiente que usted, general. El que puede vengar con una palabra injurias y afrentas recibidas, y tiene el alma bastante grande para no pronunciar esa palabra, es mas valiente que usted, general. El hombre que durante muchos años ha vivido engañando á la sociedad; el que, siendo un infame, ha consentido que se le tenga por un caballero, y cuando llega un dia en que, agobiado por los remordimientos, sin escuchar mas voz que la de su conciencia, confiesa

sus crímenes, y avergonzado en público de sí mismo, busca en el arrepentimiento la salvacion del alma, ese es mas valiente que usted, general; porque usted indudablemente, en una de esas noches en que llenos los salones de su palacio de lo mas noble y lo mas escogido de la sociedad madrileña, no se atreveria á arrancarse la careta y decir: «mirad mi verdadero rostro; el que os he enseñado hasta ahora estaba desfigurado por la mentira y la falsedad.»

El marqués se estremeció como si se hallara atacado de una convulsion nerviosa. Sus ojos se agitaron dentro de las órbitas, despidiendo una mirada amenazadora.

—Al pisar los umbrales de esta casa,—dijo don Pedro con trémula y apagada voz,—venia resuelto á sufrirlo todo con heroica resignacion; te he brindado con la paz, y tú la rechazas: lo deploro por tu hija, porque debiamos sacrificar todos nuestros pasados resentimientos. Que Dios te perdone el daño que le haces.

El general respiró con fuerza como si aquella humildad le causara un trabajo ímprobo.

—El jueves, segun la costumbre establecida desde hace cuatro años, vendrá Clotilde á verte, ella en mi nombre suplicará á su madre ponga fin á este destierro voluntario que se ha impuesto, y si su madre se niega entonces, perdidas por completo las esperanzas, todo habrá concluido entre nosotros.

El general, saludando respetuosamente á la marquesa, salió del salon.

Cuando llegó á la escalera, al verse solo, un rugido ter-

rible se escapó de su pecho, y con acento confuso sus labios murmuraron estas palabras misteriosas:

—Tres veces he cruzado con él mi espada, tres veces le he visto tendido á mis piés inmóvil y cubierto de sangre como un cadáver, ¡oh, qué fatalidad es la que me persigue: ¡amará la marquesa á ese hombre!

La lucha terrible que acababa de mantener el general, el esfuerzo supremo que habia hecho para contener su carácter, era indudable que habian agotado sus fuerzas físicas, por eso bajaba la escalera muy despacio y apoyándose en la barandilla.

Al llegar á la puerta del jardin, donde le esperaba el carruaje, Santiago abrió la portezuela.

El semblante descompuesto del general nada bueno le indicaba.

—¡Á casa!—dijo el marqués al cochero con acento imperioso.

El carruaje partió con rapidez en direccion á Madrid.

## CAPÍTULO X.

## La influencia doméstica.

Clotilde tenía la costumbre todas las mañanas de entrar en la habitación de su padre á darle los buenos dias y un beso.

Tres veces habia mandado á su doncella á preguntar por el general, y siempre la doncella regresaba diciendo las mismas palabras:

—El señor marqués aun no ha vuelto.

La hermosa y encantadora jóven comenzaba á disgustarse por la tardanza de su padre; procuraba entretener su impaciencia tocando el piano, pero á la una abandonó el taburete, y sentándose al lado de su aya, dijo:

—Ya lo vé usted, doña Mercedes, mi padre trata de matarnos de hambre, esto es una picardía.

—Sí, ya lo veo,—dijo á su vez el aya,—y me parece muy prudente mandemos un recado para enterarnos si viene ó no á almorzar.

—No se me habia ocurrido.

Y efectivamente el general habia almorzado antes de marcharse, dejando dicho que no se le esperara.

—Pues bien,—contestó Clotilde al saber las órdenes de su padre,—doña Mercedes y yo almorzaremos aquí en el gabinete, puedes encargarte tú misma de servirnos, Rosa.

Poco despues, cuando doña Mercedes y Clotilde se hallaban tomando el té, entró un criado á anunciarles que el general acababa de llegar.

—¡Gracias á Dios!—esclamó Clotilde;—voy á verle al momento.

Y un minuto despues entraba en el gabinete de su padre.

—Hoy me has hecho una mala partida,—dijo Clotilde al general.

El marqués, que lo olvidaba todo viendo á su hija, desarrugando el ceño, le dirigió una sonrisa.

—¿Me dices eso porque no he almorzado contigo?

—Creo que no es regular cometas conmigo, que tanto te quiero, la ingratitud de marcharte sin despedirte ni darme un beso.

Y Clotilde, sentándose sobre las rodillas de su padre con el encantador aturdimiento de una niña de cinco años, añadió:

—Te prevengo que no quiero que esto vuelva á suceder.

—Yo te juro que no sucederá, pero creí que estarias dormida y no quise despertarte.

—¡Bah! eso es una escusa, ya sabes que madrugo mucho; di mas bien que ni te acordaste del santo de mi nombre.

—¿Y crees tú que es posible que yo te olvide? —

—Vamos á ver, ¿á dónde has ido? Cuidado con engañarme.

Y Clotilde levantó á la altura de la frente el dedo índice de la mano derecha en señal de amenaza.

El general contempló durante un segundo con verdadero éxtasis aquella encantadora jóven á quien tanto amaba, y agitando tristemente la cabeza, dijo:

—¿Quieres saber á dónde he ido?

—Sí, porque las hijas deben saber todo lo que hacen los padres.

—Hé ahí una cosa que yo ignoraba.

—Pues ya la sabes para siempre. ¿Pero á dónde has ido?

—¿Sabes que tu curiosidad me pone en un grave conflicto?

—Eso quiere decir que tienes secretos para mí ó que haces cosas malas que no te atreves á contar á tu hija.

—En fin, preciso será que te diga á dónde he ido, aunque estoy seguro que no serias capaz de acertarlo.

—Ya lo creo: los hombres van á tantas partes... ¿Quién es capaz de adivinar?... pero me doy por vencida: dímelo tú y lo sabré mas pronto.

—Pues bien, Clotilde, he ido á ver á tu madre.

—¡Á mi madre! — repitió la jóven con mareado asombro.

—Veo que te admiras, — volvió á decir el general sonriéndose de un modo melancólico.

—Ya lo creo, — contestó con natural ingenuidad Clo-

tilde.—¡Hace tanto tiempo que no vas á verla! ¡Tengo tantas ganas de que viva con nosotros! ¡Oh! si yo me encontrara en tu lugar...

—¿Qué harías?

—Me pondria seria, pero mucho, y le diria: «Señora marquesa, yo me canso de vivir tanto tiempo separado de V., tenemos una hija, y es preciso que todos vivamos juntos como Dios manda, de lo contrario me enfadaré.»

—Pues bien, Clotilde, yo te autorizo para que le digas todo eso en tu nombre. Lo que tú no consigas, ¿quién podrá conseguirlo?

—Ya sé yo que las hijas pueden mucho, sobre todo cuando los padres son tan buenos y tan condescendientes como tú, pero...

Clotilde se detuvo, inclinó con cierto rubor la frente, exhaló un suspiro y guardó silencio.

—Veo que no te atreves á desempeñar la comision de convencer á tu madre,—repuso el general con acento pausado y melancólico.

Clotilde se pasó varias veces la mano por la frente, dejó asomar á sus labios rojos como el terebinto de Judea una sonrisa encantadora, y colocando familiarmente una de sus manos sobre el hombro del general, dijo:

—Cuando una hija tiene un padre tan bueno, tan cariñoso y tan condescendiente como tú, ¿no es verdad que no debe ocultarle nada?

—Cierto, la confianza es una prueba de cariño.

—Pues bien, padre mio, yo he oido decir que las hijas tienen mas confianza con las madres que con los padres.

y sin embargo, cosa estraña, á mí me sucede lo contrario: yo vengo todas las mañanas á verte, te doy un beso y te cuento todo cuanto me sucede; luego, si quiero algo, te digo, necesito esto, y tú, siempre bueno conmigo, me lo concedes inmediatamente.

—Pero, ¿á dónde vas á parar?

—¡Oh! espera, espera, nadie nos corre, necesito que me escuches con mucha calma, ¡tengo tantas cosas que decirte!

—No olvides que estábamos hablando de tu madre.

—Ya lo sé.

—Continúa.

—Pues, como te iba diciendo, yo, que me atrevo á pedírtelo todo á tí, cuando voy á ver á mi madre se me oprime el corazon, enmudece mi lengua y siento dentro de mí un malestar, un desasosiego que no me esplico, y es sin duda porque la marquesa me recibe con una frialdad... su rostro es tan grave, tan sério, sus palabras tan cortadas, tan secas, que me hacen daño.

—¡Bah! Eres una exagerada: tu madre te ama, y no juzgues el cariño que para tí guarda su corazon por la frialdad de sus palabras y la gravedad de su rostro.

—Sin embargo, padre mio, seria para mí tan grato que al verme se pintara en su semblante la alegría y en sus ojos el amor.

—Es preciso, hija, que respetemos las condiciones del carácter de aquellos que nos dieron el sér.

—Es verdad; pero yo no me esplico por qué mi madre se empeña en prolongar esta separacion.

—La pobre disfruta poca salud y prefiere la vida del campo al bullicio de la corte.

—Pero en Madrid hay mejores médicos que en Charming.

—Hija mia, para ciertas enfermedades, el mejor médico es el aire puro de los campos; pero yo, como tú, deseo que tu madre se reuna con nosotros. Siempre que le suplico que abandone su destierro, encuentra un pretexto, una excusa, para prolongarlo; si tú, querida Clotilde, no tienes mas predominio sobre su corazón, yo por mi parte me conceptúo impotente para conseguir lo que deseamos.

—Pues bien, puesto que lo quieres, iré á verla; precisamente mañana es jueves.

—El corazón me dice que por fin lograrás convencerla.

—Te prometo poner de mi parte todo cuanto pueda.

—Si logras que tu madre se decida por fin á abandonar su casa de campo, yo ofrezco regalarte lo que me pidas.

—Sí, sí, ofreces mucho y cumples poco,—añadió Clotilde con encantador aturdimiento.

—Hé ahí una reconvención que no creía merecer.

—¿Olvidas que hoy espira el plazo?

—¿El plazo? ¿De qué?

—¡Ah! ¡qué memoria, Dios mio! ¿No recuerdas que me ofreciste dos credenciales?

—Es verdad, esta misma noche espero cumplirte la palabra.

—Entonces retiro todas las ofensas que te he dirigido.

Y dándose una palmada en la frente como si recordara algo en aquel instante, añadió:

—¡Ah! ¡qué memoria la mía! Tengo que rectificar una de mis dos peticiones: ¿dónde está la nota de mis recomendados?

—Pero bien, ¿qué quieres?

—Ya sabes que uno de ellos se llama Julio de Monforte.

—Sí.

—Ese joven pertenece á una familia tan distinguida como desgraciada: al principio, ignorando ciertas particularidades, te pedí un destino de ocho mil reales para Julio; hoy rectifico mi peticion y quiero que en vez de ocho, sean por lo menos doce.

—Advierte que ese joven no ha sido empleado nunca.

—¿Y eso qué importa? En España todo lo hacen las buenas recomendaciones; conque no se hable mas del asunto.

—Bien: haré todo cuanto pueda.

—Te prevengo que no admito ni excusas ni pretestos; necesito para mañana dos credenciales: una de ocho mil reales y otra de doce, de lo contrario, me enfadaré contigo.

—Preciso será complacerte.

Aquí llegaba la conversacion, cuando fué interrumpida por la presencia de Santiago.

—¿Qué ocurre?—preguntó el general fijando una mirada penetrante en su antiguo servidor.

—Ruego al señor marqués me perdone si he venido á molestarle,—dijo con calma Santiago,—pero un hombre espera en la antesala y dice que es de suma urgencia hablar con el general.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Dice que se llama Bonifacio Collado.

Santiago pronunció este nombre con marcada expresión y fijando los ojos en el general de un modo enérgico.

—Querida Clotilde, te suplico que te retires; esta noche procuraré ver al ministro de la Gobernacion y tus deseos quedarán cumplidos.

—Te doy las gracias anticipadamente; adios.

Clotilde dió un beso en la frente á su padre y desapareció con rapidez por la puerta interior del gabinete.

## CAPÍTULO XI.

## Malas nuevas.

Durante algunos segundos el general y Santiago permanecieron mirándose fijamente é inmóviles como dos estátuas.

Por fin el marqués del Radio rompió el silencio, diciendo en voz muy baja:

—¡Bonifacio en Madrid!

—No me ha estrañado á mí menos verle entrar en mi habitacion,—contestó Santiago con gravedad.

—Pero, ¿á qué viene? ¿qué es lo que quiere?

—Trae malas nuevas, señor.

—¡Cómo! Expílicate pronto.

—El doctor Samuel no ha muerto.

El general se estremeció notablemente y una palidez de muerte estendióse por su semblante.

—¡Que no ha muerto!—repitió con bronco acento.

—¿No me habias dicho tú lo contrario?

—¡Quién podia prever lo que ha sucedido!—contestó Santiago haciendo girar con cierto estravío los ojos; yo le disparé mi arma á boca de jarro, la bala le rompió el cráneo y cayó al suelo cubierto de sangre: nada mas fácil que volver á secundar el golpe colocando el cañon de mi revolver sobre su corazon; pero yo le creí muer-

to, tenía prisa en abandonar aquella casa, y cogiendo el cofrecillo, salté precipitadamente por la ventana: Bonifacio me siguió; lo demás usted lo sabe, es inútil repetirlo.

—¿Pero no comprendes, desgraciado, que si ese hombre no ha muerto, que si declara lo que ha sucedido, la justicia encontrará por fin la huella del asesino?

—En ese caso, tanto peor para mí, general, porque mis labios no declararán la verdad ni aun al pié del patíbulo.

—Sí, sí, no se trata ahora de tu fidelidad, de tu energía; aquí lo que importa es que el crimen quede oculto, ignorado; pero llama á Bonifacio, necesito que él mismo me explique todo lo que ha sucedido.

El general, inquieto y disgustado, dejó el sillón que ocupaba y comenzó á pasearse.

Trascurrieron dos minutos. Santiago, seguido de Bonifacio, se presentó en la puerta del gabinete.

Bonifacio vestía el traje del campo: llevaba en la mano un ancho sombrero hongo, y su rostro, moreno y de facciones pronunciadas, respiraba franqueza y serenidad.

Al principio el general guardó silencio, como si meditara el modo de empezar el interrogatorio.

Sus ojos dirigian miradas inquietas, y su mano nerviosa y descarnada acariciaba con cierta precipitacion la frente.

La inquietud de aquel hombre era lógica, natural, si el doctor Samuel vivía; si la fatalidad le habia conservado un resto de inteligencia, la declaracion del herido podia ser grave para él.

Por fin el general se detuvo, miró con fijeza á sus servidores, y sentándose en el sillón, dijo:

—Acaba de indicarme Santiago que el doctor Samuel no ha muerto.

—Desgraciadamente, es verdad, señor,—contestó Bonifacio;—el doctor Samuel vive; el hombre nunca es bastante precavido.

—Habla: quiero saberlo todo.

—He venido de ex-profeso á ver al señor general con el objeto de darle cuenta de lo ocurrido en el pueblo.

—Habla, habla, pero sin preámbulo; procura ser laconico; tal vez estamos perdiendo un tiempo precioso, —añadió el marqués con acento irritado.

—Pues bien, señor,—volvió á decir Bonifacio—con admirable serenidad.—Una vez terminado el asunto, salimos Santiago y yo por la puerta del jardin, puerta que yo tuve buen cuidado de cerrar, llevándome la llave. Ya en la calle, nos despedimos, nadie nos habia visto; Santiago tomó la carretera de Guadalajara, y yo volví á casa de mi amo; dejé la llave en el sitio donde la habia encontrado y fui á sentarme en un rincon de la sala. Nadie se habia apercibido de mi ausencia: esto me infundió aliento, tranquilizó mi espíritu, porque en caso de necesidad, todos hubieran declarado que Bonifacio Collado habia pasado la noche en casa de su amo. El señor general no ignora que cuando se comete un crimen, es de la mayor importancia poder probar lo que se llama coartada ante la justicia.

El marqués del Radio escuchaba la relacion de aquel hombre con el mas profundo silencio; diríase que no queria perder ni una sola sílaba. En su semblante grave

y taciturno se notaba el grande interés que sentia en el corazon.

Bonifacio continuó de este modo:

—Trascurrieron algunas horas, el señor cura rezaba en la alcoba junto al cadáver de doña Ángela, y yo me hacia el dormido en un rincon de la sala. Mónica, vieja y antigua criada de la casa, se acercó á mí, y cogiéndome por un brazo, me dijo:

—«Bonifacio, ¿por qué no te vas á dormir á tu casa? aquí nada tenemos que hacer desgraciadamente.

—«Estoy bien, señora Mónica,—le contesté,—además debo haber dormido muchas horas.»

—Digo todo esto,—continuó Bonifacio,—para probar al señor general que nuestro asunto marchaba bien, y nadie podia sospechar que Bonifacio habia tomado parte en lo ocurrido en casa del doctor Samuel. Así pasó la noche, cuando á la mañana siguiente cundió la nueva de que unos ladrones habian entrado en casa del doctor, hiriéndole gravemente. La palabra herido llamó, como era natural, mi atencion; lleno de curiosidad me dirigí en compañía del señorito Daniel al sitio donde habia acontecido el drama, y efectivamente el doctor Samuel no habia muerto, gracias á los auxilios prontos y eficaces de un facultativo de Madrid que por una casualidad se hallaba en el pueblo.

—¿Pero el herido ha declarado algo? preguntó con marcado temor el general.

—El herido, señor marqués, se encuentra en un estado tan grave, que mas que un vivo, parece un cadáver:

la bala le rompió la frente, corriéndose luego por el cráneo. El médico de Madrid no tiene gran confianza en salvarle la vida, pero he oído decir que es un hombre de mucha ciencia, que suele hacer milagros.

—Pero, ¿estás tú seguro de que el doctor Samuel no ha hablado?

—¡Oh! en cuanto á eso, el señor general puede vivir tranquilo, no ha hablado ni creo que hablará en muchos días, digo, al menos esa es la opinion del facultativo que le asiste.

Y Bonifacio, haciendo una pequeña pausa como si esperara que el general le dirigiera la palabra, añadió:

—Desde el instante en que me persuadí que nuestro negocio no se habia terminado en redondo, calculé que era muy prudente venir á enterar de todo al señor general: busqué un pretesto y le pedí permiso al señorito Daniel para bajar hasta Guadalajara á comprarme una poca ropa que me hacia falta, desde allí he tomado el ferrocarril, y aquí me tiene vucencia esperando sus órdenes.

El general se apretaba las sienes con las manos como si quisiera, á fuerza de pensar el pensamiento, encontrar un recurso salvador.

—¡Oh! ¡Ese hombre! Ese hombre vivo es una amenaza suspendida sobre nuestras cabezas: solo los muertos no hablan,—murmuró el general con nervioso y entrecortado acento.

—Pues bien, si los muertos no hablan,—dijo Santiago, que hasta entonces no habia usado de la palabra, —se le mata, y asunto concluido.

El general se estremeció y fijó sus ojos en Santiago con esa tenacidad del hombre que desea leer en el fondo de las conciencias.

—Sí, dices bien,—añadió,—cuando se encuentra un estorbo delante de nuestros piés, se aparta; mientras ese hombre viva, nuestra tranquilidad se halla comprometida.

—Ya he dicho al señor general,—añadió á su vez Bonifacio,—que he venido á ponerme á sus órdenes; además, una casualidad puede favorecer nuestro intento: el doctor Samuel no tiene mas criados que una vieja y pobre mujer, y el señorito Daniel me ha dicho que quiere que yo pase las noches en casa del enfermo, por si ocurre algo.

—Eso es una ventaja,—repuso el general.

—Que yo esplotaré del modo que el señor marqués quiera.

—¿Te sientes con bastante valor para darle el golpe de gracia á ese anciano en el caso de que sea necesario? —preguntó el general.

—He tenido el honor de decir al señor marqués, que me hallo dispuesto á servirle aun á riesgo de mi vida, y cumpliré todas cuantas órdenes me trasmita.

—Gracias, Bonifacio, gracias, ya sé que eres un servidor leal, un hombre agradecido; pero verdaderamente fué una lástima que el asunto no quedara terminado la noche que lo intentasteis; en fin, lo importante es que el doctor Samuel no declare ni una palabra.

Y llevándose la mano á la frente, murmuró con acento ininteligible:

—Sí, sí, ese hombre no puede vivir, es un peligro

inminente, es una acusacion terrible suspendida sobre mi cabeza; en el estado de debilidad y abatimiento en que se encuentra, nada mas fácil que librarnos de él para siempre. ¡Oh! ¡cuántos dias de amargura y de angustia proporciona un crimen: él enlaza los acontecimientos como una cadena, y nos conduce insensiblemente al abismo de la desesperacion y del remordimiento.

— El general guardó silencio algunos segundos. Santiago y Bonifacio, inmóviles, no se atrevían á interrumpirle; aquel hombre les inspiraba un profundo respeto.

— Escucha, Bonifacio, — dijo el marqués despues de una corta pausa. — Tú vas á partir en el tren de esta misma tarde, procurarás separarte lo menos posible de la alcoba del herido; mientras permanezca en estado de anonadamiento, nada debes intentar en contra de él; si la herida es bastante poderosa para terminar su existencia, nos habremos salvado; mas si por el contrario observas que va mejorando, que hay probabilidades de una curacion radical y completa, entonces, sin escándalo, sigilosamente, de un modo que ni los mismos facultativos puedan apercibirse, le suministrarás en una taza de caldo veinte gotas de un líquido que yo te daré, y pocas horas despues todo habrá concluido para el doctor Samuel.

— Está bien, señor general, seguiré exactamente las órdenes que vucencia acaba de indicarme.

— Ahora retiraos; antes de la hora del tren ven á verme y te daré mis últimas instrucciones.

Santiago y Bonifacio saludaron respetuosamente al general, retirándose despues del gabinete.

CAPITULO PRIMERO.

LIBRO TERCERO.

Entre la vida y la muerte.

LIBRO TERCERO.

Entre la vida y la muerte.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## Llegar á tiempo.

La señora Teresa, criada y ama de llaves del doctor Samuel, tenia la costumbre, todas las noches, antes de acostarse, de rezar el Rosario, arrodillada delante de una imágen de Jesús Nazareno, por el alma de sus padres, que habian dejado de existir el mismo año de la célebre degollina de los frailes.

La buena mujer se habia hecho la formal promesa de no olvidar un solo dia á aquellos á quienes debia la existencia, y por eso les rezaba con la ferviente devocion del que cumple un sagrado voto.

Cuando concluia el Rosario, comenzaba otros rezos en latin macarrónico, que ni ella misma comprendia, y cuya esplicacion la hubiera puesto en grave apuro, y por último entonaba una Salve, cuatro Padre-nuestros y otras tantas Ave-Marías por la salud de su buen amo el doctor Samuel.

Estas ocupaciones la entretenian cerca de una hora, pero luego se acostaba, y entre sueños murmuraba la oracion del Ángel de la guarda, durmiendo, por fin, con

el dulce y tranquilo sueño de los justos. Después de todo, si á la buena y sencilla señora Teresa una hora de ferviente rezo le proporcionaba una noche de dulce sueño, hacia muy bien en ocuparse de los santos que, según ella, estaban muy olvidados en la tierra de los hombres.

La señora Teresa dormía en una habitación del piso alto, como creemos haber indicado en otro lugar, y en la noche que nos ocupa se disponía á desnudarse, cuando casualmente sus ojos se fijaron en una botella que se hallaba sobre la mesa.

—¡Caramba!—se dijo hablando consigo misma,—es el aguardiente anisado del señor, y si se le ocurre tomar té, como todas las noches, lo va á echar de menos: voy á bajárselo.

Teresa cogió la botella, se puso el mantón, que ya se había quitado, y salió de su dormitorio.

Como conocía tan perfectamente todas las vueltas y revueltas de la casa, ni siquiera se tomó el trabajo de coger la lamparilla.

Teresa se hallaría á la mitad de la escalera, cuando resonó una detonación estrepitosa en el despacho del doctor.

En el silencio de la noche, el estampido de un arma de fuego produce siempre mal efecto, sobre todo cuando suena en la misma casa que uno habita.

La pobre ama de gobierno no pudo contener un grito de espanto, seguido de un ¡Jesús me valga! pronunciado con toda la espresion de un miedo superlativo; escapó-

IMPRESION NOTARIAL EN PUNTA

LAS

# FABULAS DE ESOPHO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

EXPOSICIONES LATINAS DE TEBRO, AVIZO, AUTO GELBO, ETC.

Atenciones de un gran número de lectores  
entre la multitud de nobles y distinguidos señores autores

POR EDUARDO DE MIR

BASES DE LA PUBLICACION

Las Fábulas de Esopo, formando un tomo de regular dimension, se componen de unas 60 entregas, repartidas en todas las que se van haciendo.  
Cada entrega constará de 8 páginas en folio, perfectamente impresas y encuadernadas a la usanza de una buena librería.  
Por que nuestra obra reúne las condiciones de un verdadero libro, y por que nuestra obra reúne un considerable número de fábulas, repartidas en entregas, cada una de ellas de las fábulas más conocidas.  
A fin de proporcionar tan magnífica obra, el precio de cada entrega es el que se verá en el prospecto.

PRÓXIMA A PUBLICARSE

# LA CARCALADA.

(HISTORIA DE UN BUEN NIÑO)

Novela de costumbres

EN VOLUMEN

ERNESTO GARCIA LADEVESE

Ilustración de algunas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

A UN CUARTILLO de real la entrega

Imp. de la imprenta de...

PUBLICACION NOTABLE EN PLENIA.

LAS  
**FÁBULAS DE ESOPPO,**

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

**POR EDUARDO DE MIER.**

**BASES DE LA PUBLICACION.**

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

PRÓXIMA A PUBLICARSE.

**LA CARCAJADA.**

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

**ERNESTO GARCIA LADEVESE.**

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

**Á UN CUARTILLO de real la entrega.**

Imp. de Ramirez y C.<sup>ª</sup>